

zón política destrozaba por tal modo el matrimonio en la familia imperial, que semejaban lechos de prostitución sus lechos imperiales? El matrimonio de Julia con Agripa es una falta irreparable. ¿Cuántos extremos no había hecho Augusto por la muerte de su sobrino, y Octavia por la muerte de su hijo, el celebrado Marcelo? Componía por aquella sazón Virgilio su *Eneida*, y precisaba que cantase al malogrado esposo de Julia en sus versos inmortales. Difícil cosa cantar á un joven de veinte años, quien, apenas mozo y nubil, había caído en brazos de una mujer voraz, que lo mató en desórdenes nupciales. Virgilio estaba incapacitado de registrar, no ya hechos de aquel malogrado, ni siquiera virtudes, por desconocido, á causa del apartamiento majestuoso en que vivía por augustales disposiciones la familia imperial. Y, sin embargo, allá en el sexto libro de la *Eneida*, cuando esa epopeya en acción, que se denomina historia de Roma, pasa en profecía desde los labios del viejo Anquises á los oídos del pío Eneas, entre tantos héroes como han cansado á la fama, resuena el nombre de Marcelo y aparece la desvanecida sombra. En los hexámetros que preceden á su aparición, hexámetros dignos de ponerse por inspirados y perfectos junto á lo más bello por la edad antigua transmitido, Virgilio caracteriza en tres palabras la naturaleza y com-

plexión del pueblo rey. Otros le aventajan de seguro en el arte de cincelar los bronce y encender los mármoles, otros verán afluir á sus labios la elocuencia y á su entendimiento descender los misterios del cielo revelados por el curso de los astros; mas á Roma le toca el arte de regir á las gentes, imponiendo la paz á los sumisos y la dominación á los soberbios. Dicho esto, entra en escena Marcelo, conducido por la mano de su padre muerto, primer esposo de Octavia. La incomparable armadura resplandece como una estrella, pero acaba la vida en su espaciosa frente y se pone el sol en los profundos ojos. Su padre, intrépido general de caballería, que mantuviera en estruendoso tumulto la república vacilante y domara los galos y los cartagineses insumisos, colgando trofeos y despojos en el templo de Júpiter feetrio, se le parece del todo, prueba viva de la castidad inviolable y de la virtud inflexible que brillaran desde la cuna en su bella y virtuosa madre. Diríase que, al verlo tan hermoso, tan grande, tan inspirado, los dioses no habían querido en la tierra dejarlo para que no superase á la divinidad ninguna raza mortal, ni la raza latina siquiera. Y Virgilio, encerrado en los estrechos límites de aquella vida sin historia, no teniendo recuerdos que invocar, deja sueltas las riendas á todas las esperanzas imaginables y conjura la romana

gente para que siembre de lises y otras flores pintadas y olorosas sobre aquel brevísimo y malogrado cuerpo. La historia, la pintura, la tradición, leyendas innumerables nos han transmitido la emoción dolorosa producida en la familia imperial por el acto solemne de leer el poeta sus divinos versos. Augusto lloró como un mísero niño y Octavia perdió el sentido, en términos de creerse su desmayo la muerte. Al salir de tan prolongado síncope la princesa, faltóle tiempo, en su agradecimiento, para designar crecido pago á la suma de los treinta y seis versos que componían el episodio. Tras tales extremos, parecía lo más lógico y natural que Octavia se propusiese un respeto religioso á la memoria del hijo, prolongando la viudez de la nuera. Ya que su poeta cortesano conjuraba las gentes de Roma para que llevasen flores á los restos de Marcelo, no había flor ninguna tan propicia y tan bella para él como los recuerdos luctuosos de su familia y la prolongada viudez de aquella mujer en cuyos brazos había muerto. Sin embargo, Augusto necesitaba ocupar pronto el nupcial tálamo de su hija, y á esta consideración lo sacrificó la madre todo. Parece imposible: no solamente prescindió del recuerdo religioso debido á Marcelo, sino que prescindió del respeto debido á la felicidad y á la honra de la pobre hermana de éste, de la infeliz Marcela.

Su tío Augusto, que amaba los hijos de Octavia como á hijos suyos, no sintió escrúpulo ni remordimiento en el sacrificio de aquella infeliz Ifigenia, inmolada sobre los altares de su imperio. Las raíces inseguras del trono habían menester aquella inmolación, y perpetraron, tanto Augusto como su hermana Octavia, el terrible holocausto sin pestañear siquiera. Pero imposible que la conciencia herida no gritase á voces; imposible que la moral desacatada no impusiese las indeclinables sanciones; imposible un buen matrimonio erigido sobre tan escandaloso divorcio; imposible la supresión de tantas consecuencias funestas encerradas en aquellos ejemplos; imposible compadecer la virtud y su felicidad con el crimen.

No hablemos de los combates empeñados entre Livia y Octavia para conseguir aquélla que Julia se casase con su hijo y ésta que Julia se casase con cualquiera que no fuese Tiberio. Ya lo hemos dicho: eligióse, por consejo de Mecenas, Agripa, el vencedor de Accio, sin cuya fidelidad Augusto jamás á tantos enemigos como tenía venciera, ni se alzara con el universo mundo; pues débil de suyo, flaco de fuerzas, tímido y hasta cobarde, no hubiera podido guerrear con gloria ni lucir entre tantos guerreros ilustres, mientras el general aquel, émulo por su fuerza y por su constancia de los primeros ha-

bidos en Roma, le mantuvo todas las campañas marítimas y terrestres; venció en Perusa y en Francia; sumergió la fortuna de Sexto Pompeyo en las aguas de Sicilia y en los arenales de Alejandría la fortuna de Marco Antonio, teniendo por suprema honra el obedecer á Octavio Augusto con tal que le dejase mandar éste sobre sus soldados. El emperador no solamente hacía un acto de familia casando Agripa con Julia, también hacía un acto de política. La gloria de tan excelso general fuera del imperio y lejos de la familia imperial ¡oh! era una sombra nefasta proyectada sobre la familia imperial y el imperio. Asociólo, no solamente á su casa, también á su gobierno, designándolo para la herencia del poder supremo, como designó antes á su predilecto sobrino, el primer esposo de Julia. Su presencia junto al trono le daba una seguridad al trono tan firme, que los romanos creían la paz perpetua un vínculo de Roma si él heredaba su imperio. El único sér, forzado á reprobár la elección de Augusto, fué su esposa Livia, enpeñadísima, como tantas veces hemos dicho, en casar á Julia con su primogénito, el mayor de los entenados imperiales. Pero mujer de sumo talento la emperatriz, industriada en las cosas públicas, apta para ejercer el imperio á igual de su marido, conformóse con lo posible, y á fin de mostrar esta conformidad pidió la mano de una hija

del general para su Tiberio, así como la mano de una hija de Octavia para su Druso, robusteciendo y consolidando la dinastía suya personal apercebida y preparada por ella misma con tiempo y fortuna frente á frente de la dinastía y de los príncipes augustales. Agripa era en toda la extensión de la palabra un soldado. Plebeyo de nacimiento, llevaba consigo la más verdadera de las glorias, no la heredada fatalmente de otros, la por sí mismo adquirida. Tenía cuarenta no cumplidos años al casarse con Julia; mas, joven por la edad, no era joven por su genio y humor. Como criado en los campamentos y su rudeza, desconocía la sociedad romana y sus elegancias. En los maravillosos monumentos construídos á sus expensas, nótese lo grande, no lo exquisito. Plinio nos lo pinta con frase feliz cuando le llama varón bueno para la sencillez de sus costumbres militares, y malo para los recreos de las costumbres cortesanas. Augusto lo amó tanto que hasta en su tumba hizo poner la efigie de aquel hombre. Yo la he visto en Venecia, donde los azares del tiempo la llevaron. Desnudo á la usanza griega, y así fielmente retratado en lo que retrata mejor el cincel que los pinceles, en sus músculos y en su cuerpo, aparece como un verdadero soldado, semejante por su musculatura fuerte á los gladiadores; la espada en su diestra, la clámide á su espalda, el pie derecho

hacia adelante, los hombros anchísimos como para procurar una respiración gigantesca y una fuerza colosal, la nuca de un toro, la cabeza de un Hércules, el ojo muy recogido y la mirada muy escudriñadora, todo en él respirando la guerra, no aquella guerra griega cantada en los versos de Píndaro y Simonides, que parece con todas sus contradicciones y con todos sus combates una melodía, la romana guerra sin gracia ninguna, sin aquellas actitudes que han hecho de los soldados adscritos á Temístocles y Leonidas estatuas de Fidias, la guerra fuerte, y enérgica, y cruel, la romana guerra. Imaginaos un hombre así casado con una mujer como Julia. Nada entre los temperamentos de ambos esposos armónico. Mientras él tenía costumbres de trabajador, ella tenía costumbres de cortesana. Mientras él consagraba todas sus fuerzas á la política y á la guerra, ella consagraba todas sus fuerzas al placer y al devaneo. Hasta en sus sendas relaciones con las bellas artes y su culto disentían los esposos. Mientras ella gustaba de los objetos artísticos para que ornasen la casa propia y movieran sus sentidos, él gustaba de los objetos artísticos para que ornasen al Estado y sirviesen al Imperio. Pocos monumentos guarda la tierra que puedan emular el panteón de Agripa. Yo no he podido nunca pisar aquel mármreo pavimento sin creerme transportado en alta

mar. Su bóveda os inspira y sugiere la idea de amplios horizontes sensibles en el espacio infinito, fuera de los límites puestos á las frágiles y estrechas humanas obras. Desde nuestra ciclópea Tarragona ideó Agripa el monumento que llevará por siglos de siglos, hasta la más remota posteridad, su esclarecido nombre. Como Augusto levantara un maravilloso templo á la familia de Apolo, Agripa levantó un maravilloso templo á la familia de Augusto. En su altar mayor, que diríamos ahora, campeaba Júpiter vengador, castigando á los asesinos de César, y en las otras capillas todos los dioses del Olimpo antiguo, enlazados con la genealogía de los príncipes y emperadores cesáreos. Cuando pisáis el inclinado suelo, esclarecido tan sólo por un tragaluz abierto en lo alto, y veis aquellas columnas estriadas de mármoles egipcios con zócalos de un color y chapiteles de otro, á los cuales ha dado el tiempo esmaltes y reverberaciones de piedras preciosas; cuando convertís los ojos á la rotonda, á la singular maravillosa bóveda arquitectónica, obra ignorada completamente de los griegos y parecida por lo colosal á las enormes construcciones asiáticas, verdaderamente veis y tocáis, aun hoy, la fuerza del Imperio y la majestad augusta de sus gigantescos fundadores, que necesitaron de tantas moles para ver de aplastar la libertad y la república romanas.

Ninguna de las rotondas construídas más tarde iguala sus dimensiones. Todas son más altas, pero ninguna es mayor. No hablemos de la rotonda del Escorial, que al fin sólo es la rotonda de una capilla en un monasterio. Pero la rotonda de San Pablo en Londres tiene de diámetro treinta pies menos; la rotonda de Santa Sofía en Constantinopla tiene veintisiete pies menos; la rotonda de San Pedro en Roma tiene tres pies menos que la rotonda del panteón de Agripa. La majestad y grandeza de aquel hombre no podían compadecerse con las nimiedades y las pequeñeces de Julia.

Imaginaos el navegante y rey Ulises en brazos de Circe: tal aparece Agripa, general y político, en brazos de Julia. Este Marte, que solamente respiraba odios, casado por imposición ajena y no por amor, al poco tiempo de haberse unido con Julia perdíase de loca pasión por ella, hechizado en las artes y maleficios de tal maga. No podía caer sobre su corazón mayor infelicidad. Librar la honra en la manceba de todos, entregar el corazón á quien de nadie se prendaba, cambiando continuamente en sus amores por cambiar en sus emociones, irreparable desgracia para cualquier hombre, desgracia mayor todavía para un hombre como Agripa, quien pronto advirtió dónde pusiera el corazón y el alma. Y en cuanto lo advirtió, empezó á combatir

con ella y empezó á combatir consigo mismo. La historia presenta en cada una de sus páginas escenas más dolorosas que la tragedia misma. Marido particular y privado, bien pronto pusiera con decisión á su mal radicales remedios, extirpándolo de raíz. Pero, general de aquellos ejércitos, heredero de aquella fortuna, coemperador con Augusto, esposo de una princesa imperial, miles de razones públicas le imponían la obligación de no tratar sus asuntos como cosa particular y privada. Mas la herida se ahondaba con profundidad insondable á tal consideración. Luchando con todos los enemigos de Roma jamás lograron vencerlo, y lo vencía mísera mujer. El único alivio que á su dolor intenso podía procurarse, la diversión de ánimo y de pensamiento, procurábaselo en viajes y expediciones militares. Y huía de Augusto por huir de sí mismo, temiendo rebelarse á un arrebato de celos, á un desatentado impulso de su corazón herido, á cualquier llamamiento y reclamo de su vulnerada honra. Iba por gobiernos lejanos y por largas y continuas revistas con propósito de cohonestar así ausencias obligadas y necesarias del hogar y del tálamo. Aunque Julia, comprendiendo toda la trascendencia política de un rompimiento con su esposo, y recordando cómo el nombre de otra Julia y su muerte indispusieran á Pompeyo y César, tomaba

todas las precauciones posibles, no podía ocultar lo tan difícilmente oculto al cariño de un padre, no podía ocultar á su esposo aquellos volcanes de su corazón, tan humeantes de oscuras nubes y tan eruptores de rojas y encendidas lavas. Contaban las historias que toda la juventud viril de Roma podía envanecerse de haber pasado por sus brazos. Un solo joven le resistió, el destinado á ser marido suyo por Livia, Tiberio. Inteligente, robusto, hermosísimo en sus mocedades, Julia lo requirió de amores, movida por un capricho natural en sus sensuales propensiones, y encontró sólo una estatua que la repelía con su frialdad y la miraba indiferente. No así, en verdad, Sempronio Graco, el favorito predilecto; no así Murena, Lépido, Ignacio, Antonio mismo, hijo del célebre triunviro, tantos y tantos otros adscritos á sus amores y presos en sus redes. Bien es verdad que su hermosura incomparable lo explicaba todo. Respecto de Julia no podemos decir lo que decíamos respecto de Cleopatra. La reina egipcia no dejó efigies y simulacros de su belleza, mientras abundan las medallas, los relieves, las estatuas que representan á Julia. En París puede vérsela vestida con el traje de Ceres, en talla mármorea, obra de un escultor heleno. Al traje ha debido presidir la inspección del padre y del esposo, porque nada tan recatado y honesto. Lleva en las

sienes la corona de áureas espigas y en la mano el cesto lleno de frutas. Austero palio envuelve un cuerpo que parece de vestal y de virgen; pero aunque no haya querido retratar el escultor sus vicios, tras la distinción aquella nobilísima, tras el aire honesto y recogido, tras el rostro de una imperial y olímpica soberbia, descúbrense por las finas facciones, por los trazos delicadísimos, por los labios voluptuosos, la natural ligereza de un provocador sensualismo y la carencia completa de voluntad y albedrío para sojuzgar y vencer sus brutales instintos, que dan á toda su figura, y con especialidad al rostro, mucho de inferior animalidad, fiera como una leona, pero descaradísima como una gata. Contemplándola recordaba yo la célebre anécdota, repetida entre todos los escritores, y que velaremos en latín, para quitarle un tanto su insufrible desvergüenza. Julia tuvo en su matrimonio con Agripa cuatro hijos, dos varones y dos hembras, los varones llamados Cayo y Lucio, las hembras llamadas Julia y Agripina. Estos hijos asemejábanse mucho á su padre legal, Agripa. Y como uno de sus amantes le observara cierto día esta particularidad y le pidiera explicaciones, respondióle brutalmente Julia con la desvergüenza que á continuación copiamos, dejándola, según ya hemos dicho, en latín: *Numquam, enim, nisi navi plena tollo vecto-*

*rem.* Todo esto debía naturalmente contrariar al infeliz Agripa y matarlo de pena y de vergüenza. Quince años vivió con Julia, y por ende acabó á los cincuenta y cinco. Augusto no supo jamás los dolores de su yerno. En las batallas le ofreció su vida, en la corte su honor. El César, que sintiera y llorara mucho la pérdida irreparable de su gran capitán, redobló los cuidados por sus hijos, creyendo cultivar así la memoria suya y recompensarle con creces la devoción tenida por él á su persona. El rico vivero de príncipes, que había dado la boda política y de artificio, le auguraban una dinastía numerosa y segura. Julia resplandecía en el cenit de su poder y de su influencia. El mayor de sus hijos, Cayo César, se congraciaba cada día más con el emperador y con el pueblo. Las princesas recibían una educación digna de su origen cuasi divino y de su ministerio en el mundo. Extraordinario calígrafo Augusto, las enseñaba él mismo á escribir y les dirigía la mano. En la mesa ocupaban la derecha suya sobre los triclinios, y en los viajes ó cabalgaban junto á él ó precedían su persona en litera.

Todo el amor que mostrara un día por Marcelo, mostrábalo por Cayo después, asociado á su imperio y heredero de su trono. Livia contemplaba todo esto con grandísima inquietud; y para des-

hacer la dinastía, volvió á sus antiguos proyectos, casando al fin Julia con Tiberio.

Tres maridos tuvo, cada cual de complexión más diversa. Casóse primero con aquella especie de ligerísimo efebo, que habían dado al mundo los primeros amores de Octavia; casóse después con aquel fuerte y robusto soldado, que había cedido á César Augusto la diadema del mundo conseguida en la victoria de Accio; y luego se casó á la postre con Tiberio, el más hermoso, pero también el más aborrecible de suyo y el más aborrecido por ella. Livia hizo que su hijo entrara en la familia imperial y ocupase aquel sitio altísimo, donde se habían sentado Marcelo y Agripa como herederos presuntos del Imperio. Pero ¿á qué precio entró? Primeramente necesitó divorciar á Tiberio de su tierna esposa, engendrada en el primer matrimonio de Agripa, y desde sus primeros años prometida por Augusto á su lecho y por él amada como si fuese novia de su elección. Puro y aun austero en la mocedad, atribuían las gentes la pureza rayana en austeridad suya, el estoico vigor de su temperamento, la regularidad moral de sus costumbres, al influjo de pasión tan legítima como soberana; y en cambio casábase con la mujer á quien él más aborrecía en este mundo, aborrecimiento mezclado con desprecio. Y confesemos que